



¿POR QUÉ NO CRECEMOS? ENTRE LA INCONGRUENCIA Y LA INEQUIDAD

Luis Ignacio Román Morales¹

Los seres humanos consumimos permanentemente: cuando respiramos consumimos oxígenos, cuando comemos consumimos alimentos, cuando vestimos consumimos telas, nuestra habitación implica el consumo de materiales y así, sucesivamente. La única posibilidad de mantener y de mejorar nuestro consumo es produciendo. Además, las necesidades de consumo para cada individuo son generalmente crecientes, sea por necesidades básicas, por desarrollo tecnológico o por artificios de mercado, y cada vez hay más individuos, por lo que cada vez se requiere una mayor producción con la que se satisfagan las mayores necesidades de consumo. Aún así, alrededor cerca de un tercio de la humanidad no tiene garantizado ni siquiera el consumo básico.

Evidentemente, la insatisfacción de las necesidades básicas no tiene que ver sólo con un problema de capacidad productiva, sino también con una pésima distribución de la riqueza que se produce y con la insustentabilidad de la forma en la que producimos, lo que dificulta aún más las posibilidades de mejora en el nivel de vida a nivel intergeneracional.

La triada socioeconómica en la que vivimos los mexicanos, como sociedad, se caracteriza por un nulo crecimiento, una pésima distribución y la destrucción de la ecología y por lo tanto de las condiciones básicas de desarrollo. No es de extrañar que en estas condiciones generemos un extraordinario caldo de cultivo para la violencia y la ruptura del tejido social, de lo que nos permite vivir juntos.

1. Profesor del Departamento Economía, Administración y Finanzas del ITESO. Es miembro del nivel II del Sistema Nacional de investigadores del Consejo nacional de Ciencia y tecnología (CONACYT).

México no es el caso más extremo. Si bien diversas experiencias internacionales nos muestran los casos de países con un extraordinario crecimiento (China o la India), con una buena distribución del ingreso (los países escandinavos ó Canadá) y con el desarrollo de acciones significativas tendientes a proteger su medio ambiente (Alemania o Francia), también hay que considerar los casos de países en los que difícilmente puede hablarse de que permanezca una sociedad mínimamente cohesionada. El ejemplo más doloroso y extremo es el de Haití.

La situación mexicana está tan alejada de la de Noruega, por un lado, como de la de Haití, por el otro. La cuestión no es que tan lejos estamos de uno o de otro, sino hacia qué polo nos dirigimos. La evolución de las últimas tres décadas no da lugar a expectativas optimistas.

Al dirigirnos—por muy lejos que estemos—hacia el polo más deteriorado del desarrollo económico, social y ambiental, cabe referir lo que implica tal polo. En el caso de Haití resulta evidente la miseria humana que advertimos a través de las imágenes de televisión, de periódicos o de You Tube, día con día. Son miles de seres humanos sufriendo, bajo tales condiciones, que cabe preguntarse si esos millones de seres humanos en lo individual siguen constituyendo una humanidad en el sentido colectivo. Me explico:

Uno de los atributos básicos del ser humano, al menos a partir del surgimiento de las civilizaciones, es el de poder contar con una identidad, con un nombre con el que se individualiza en la sociedad. ¿Qué ocurre con una sociedad extremadamente pobre, en la que además se destruye súbitamente, por una catástrofe, la mayor parte de su infraestructura, tanto pública como privada? Sin documentos de identificación, sin archivos, sin oficinas del registro civil, un individuo puede estar imposibilitado de demostrar su nombre y su historia, además de verse impedido de generarse expectativa alguna sobre el futuro. Un individuo sin nombre, sin historia, sin futuro, sin un lugar donde pueda trabajar por un ingreso que le permita adquirir bienes, sin mercados en los que se vendan esos bienes, sin agua, sin energía eléctrica, sin casa, sin comida, sin ropa, sin escuela, sin un idioma que se conozca fuera de su propio territorio, es un ser humano que se enfrenta a un proceso colectivo de deshumanización, del que él mismo forma parte. Millones de humanos en una colectividad inhumana, sufriendo NO una catástrofe

natural, sino los efectos catastróficos de un evento natural que en otras condiciones jamás debió de haberse traducido en una catástrofe de tales magnitudes.

Sin duda, la experiencia haitiana está asociada a la permanencia histórica de la ley del más fuerte: los poderosos imperios colonizadores traficantes de esclavos, los monopolios trasnacionales que agotaron sus recursos naturales, los dictadores locales (Papa y Baby doc) que destruyeron su ecología, las escasas familias de potentados locales que disfrutaban de una cuantas manzanas de Puerto Príncipe, con consumos fastuosos al estilo del Boulevard Saint Honnoré en París, los militares y paramilitares que aterrorizaban a la población, los negociantes turbios, etc.

Esa Ley del más fuerte, edulcorada técnicamente con pseudoargumentos economicistas, se traduce en afirmar la ganancia para el individuo más competitivo (que por definición es el más poderoso); en favorecer el libre mercado ajeno a las molestas regulaciones gubernamentales; en el ingreso a una globalización de los mercados de capitales y financieros, en los que el dinero circula libremente pero a los pobres se les trata de impedir salir de su país; en la sustitución del apelativo de “monopolios” por el de “empresas de calidad mundial”. Ante la debilidad histórica de Haití, ese país ha sido uno de los más liberales del mundo. ¿En que ha quedado esa liberalización? Tal vez las escenas dantescoamente haitianas de los camiones de basura descargando una mezcla de escombros y cadáveres humanos nos den algunos signos de respuesta.

¿Y México?... ¿Vamos por el camino correcto?... ¿Hacia dónde?

I.- El crecimiento nulo

La suma de bienes y servicios finales que México ha producido anualmente, es decir, el Producto Interno Bruto, se ha incrementado a un ritmo promedio anual de 1.98% entre 1981 y el 2009. En ese periodo China o la India han crecido a ritmos anuales que oscilan alrededor de 10%. En cambio, la Población Ocupada de México ha crecido a una velocidad de 2.5% anual. En otros términos, México producía en el 2009 un PIB por trabajador ocupado 9.3% inferior al de 1980, y eso sin considerar el aumento en el desempleo en el periodo. México es entonces un país significativamente más pobre que en 1980, aún cuando las capacidades tecnológicas derivadas de la tercera revolución industrial implican

potencialidades productivas mucho mayores. No obstante, seguimos teniendo una gran presencia en la lista de *Forbes* (millonarios que disponen de más de mil millones de dólares), en la de *Fortune* (las 1000 empresas más grandes del mundo) y con un control económico cada vez más poderoso por parte de los grandes oligopolios internacionales.

Para el 2009 México parece haber sido el segundo país con menor crecimiento de América Latina (sólo arriba de Haití) y para el conjunto de la década 2000-2009 posiblemente sea el peor. Evidente para el 2010 la situación será diferente, sobre todo por lo ocurrido en Haití. De hecho, la evolución económica de la primera década de este siglo registrará un crecimiento económico promedio de 1.2% anual, es decir mucho menor del ya de por sí raquítico 1.98% del largo periodo 1981-2009.

Por otra parte, al recurrir a promedios estamos integrando en el mismo paquete sectores que han tenido una evolución completamente disímil. De hecho, el poco crecimiento económico general se ha concentrado en tan sólo dos sectores: una altamente concentrado en un enorme poder económico, las telecomunicaciones, y el otro, el financiero, centrado en el control transnacional de las finanzas privadas de México. Ambos sectores se caracterizan además por una baja generación de empleo y por escasos efectos de encadenamiento con el resto de la economía nacional. El sector de telecomunicaciones no genera prácticamente tecnología local en tanto que el sector financiero dirige sus operaciones esencialmente al crédito al consumo y a la especulación, en vez de cumplir con la función básica de canalizar el ahorro hacia la inversión productiva.

En cambio, el conjunto de los sectores directamente productivos han visto un comportamiento económico pobre, en el mejor de los casos, como lo ha sido el agropecuario, o claramente regresivo, como la extracción petrolera o la industria manufacturera. En estos sectores, las empresas más vulnerables – y vulneradas-, han sido las micro y pequeñas empresas familiares, que no tienen el acceso a los capitales, los subsidios y los mercados de que disponen las grandes empresas.

Ante estas condiciones, los servicios más precarios, como el trabajo doméstico, los más riesgosos, como la prostitución, los más invasivos, como la informalidad, o las actividades francamente ilegales y hasta criminales, se convierten el campo de destino de los trabajadores que no cuentan con las posibilidades de insertarse en una economía

ya no digamos dinámica, sino simplemente estable en su capacidad de crecimiento y no sólo de mantener las ganancias de los capitales financieros y monopólicos.

En otros términos, el pésimo comportamiento económico genera un caldo de cultivo ideal para el desarrollo de actividades que causan perjuicio a quien las ejerce, a terceros o al conjunto de la sociedad.

II.- La distribución del ingreso

La problemática económica del país no se limita a la dificultad para generar riqueza sino a la desigualdad con la que ésta es distribuida. De agosto a noviembre del 2008, el INEGI levantó la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) correspondiente a ese año. La referencia a los meses es importante: los resultados que se muestran a continuación apenas recogen el inicio de los efectos sociales más desastrosos de la crisis y la recesión de 2008-2009. Cabe recordar que su mayor explosión se registró con el derrumbe de las bolsas de valores a mediados de septiembre de ese año. Esto significa que la situación a inicios del 2010 debe estar significativamente más deteriorada que la registrada en los datos que se mostrarán.

Así pues, en el 2008, los cerca 2.7 millones de hogares que integran al 10% más pobre del total de hogares del país, percibían un ingreso monetario inferior al salario mínimo individual existente en ese momento (dependiendo de la zona, alrededor de \$1500 mensuales). Es decir, cada hogar del 10% más pobre percibe, **por el conjunto de los integrantes de cada hogar**, un monto inferior al mínimo **individual** legal.

La situación mejora de forma breve desde el decil (10% de hogares) II hasta el VIII, pero aún ahí no son ingresos que se distancien fuertemente del promedio nacional. De hecho, en este decil (que está por debajo de 20% de los hogares y con mejores ingresos que el otro 70%), cuenta con ingresos similares al ingreso promedio de los hogares mexicanos: mientras que el promedio nacional es de \$9,800, el de este decil es de \$11,379. En otros términos, 70% de los hogares viven por abajo del promedio de ingreso del país, el decil VIII está 16% por arriba y el decil IX es superior al promedio en 65.9%. Así, del decil II al VIII, e inclusive con respecto al IX, se puede referir una distribución relativamente equitativa.

El gran problema de la concentración del ingreso en México se centra entonces en el poder económico del decil de hogares de más altos ingresos, el decil X, de la concentración al interior del mismo y de la no inclusión en la encuesta de los mayores ingresos del país. Así, el ingreso promedio del 10% de los hogares con mayores percepciones monetarias, es 126% superior al del decil inmediato anterior, en 3.75 veces superior al promedio nacional y 27.6 veces mayor que el primer decil. No obstante, la enorme concentración al interior de los hogares con más altos ingresos refiere con mayor claridad el problema: mientras que el promedio de ingresos del decil X es de \$36,770 mensuales, las remuneraciones ejecutivas para los altos puestos directivos, conforme a las consultorías privadas especializadas, van de \$250,000 para un director de área en empresas gigantes, hasta \$800,000 mensuales (y más) para directores generales.

INGRESO CORRIENTE MONETARIO 2008				
DECILES DE HOGARES	HOGARES	INGRESO	Ing por hogar	Mensual
	26,732,594	785,974,413	29,401	9,800
I	2,673,259	10,676,536	3,994	1,331
II	2,673,259	20,617,904	7,713	2,571
III	2,673,259	28,505,448	10,663	3,554
IV	2,673,259	36,202,974	13,543	4,514
V	2,673,259	45,106,710	16,873	5,624
VI	2,673,259	56,635,636	21,186	7,062
VII	2,673,259	71,681,750	26,814	8,938
VIII	2,673,259	91,254,606	34,136	11,379
IX	2,673,259	130,407,373	48,782	16,261
X	2,673,263	294,885,477	110,309	36,770

Fuente: ENIGH, 2008 (www.inegi.gob.mx)

III.- La insustentabilidad ecológica

En un país que desdeña la investigación y el desarrollo, tanto científico como tecnológico y en el que el rescate de la inteligencia colectiva de los diversos actores sociales se pierde

ante la centralización de las decisiones, la búsqueda de competencia económica se centra en el abaratamiento de costos, especialmente por la vía de los costos salariales y de la alta permisibilidad para deteriorar el medio ambiente. Un claro ejemplo de ello es la ausencia de auditorías ambientales profundas, como en la cuenca del ahogado en El Salto Jalisco, por el temor a que el cuidado del medio ambiente pudiese afectar las inversiones privadas.

La facilitación de las inversiones privadas, cueste lo que cueste, aún a costa de la depredación ambiental, vulnera cualquier posibilidad de desarrollo a mediano y largo plazos (y en algunos casos aún a nivel inmediato) y por lo tanto deja a la población y en general a la vida de las regiones, expuesta a enfermedades, catástrofes colectivas y pérdida de los recursos indispensables para un desarrollo posterior. En tales circunstancias un pequeño crecimiento en el corto plazo se logra a cambio de destruir cualquier posibilidad de crecimiento y de desarrollo posterior.

Conclusión

El crecimiento no implica necesariamente desarrollo, pero para desarrollarnos también hay que crecer, distribuir y resarcir el medio ambiente. La experiencia de los últimos 30 años, con mayor intensidad en la última década y particularmente desde septiembre del 2008, muestra que el modelo y la estrategia económica que hemos seguido no ha generado capacidad de crecimiento, de equidad ni de sustentabilidad. Si bien la concentración del poder económico, las líneas de acción gubernamentales y el entorno internacional no parecen conducir a una orientación diferente de lo que se está haciendo ahora (en todo caso parece que se pretende profundizar el mismo esquema), la búsqueda de la viabilidad económica, social y ambiental pasa por la necesidad de incidir en la construcción de políticas y acciones privadas distintas a las actuales. Hacer algo distinto parece poco viable, pero el no hacerlo puede ser desastroso. La experiencia de Haití, muestra la auténtica inviabilidad de lo que superficialmente se nos muestra como el único camino viable.